



VOL: AÑO 7, NUMERO 20
FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1992
TEMA: PERSPECTIVAS Y PROBLEMAS TEORICOS DE HOY
TITULO: **En torno a la crisis de la sociología**
AUTOR: *Gilberto Giménez* [*]
SECCION: Artículos

RESUMEN:

El trabajo comienza precisando los diferentes sentidos posibles del término "crisis", en especial en el concepto de "crisis teórico-metodológica", el cual se desarrolla extensamente desde el punto de vista de la historia de las ciencias sociales, para concluir que, en realidad, asistimos a una especie de agotamiento de los paradigmas deterministas o a su sustitución por paradigmas clásicos vinculados con diferentes modelos de explicación racional de la acción.

Se trataría, en el fondo, del resurgimiento del viejo debate sobre la naturaleza de las ciencias sociales en relación con las llamadas "ciencias naturales". El trabajo concluye con dos afirmaciones principales: 1) lejos de ser signo de debilidad, la pluralidad de paradigmas es consustancial a la sociología, y 2) resulta saludable para la disciplina la competencia entre paradigmas, ya que el verdadero enemigo es el monismo metodológico que se pretende imponer según el modelo de las ciencias nomotéticas.

ABSTRACT:

About the Sociology's crisis

The article defines firstly, different possible meanings for the term "crisis", emphasizing the so called "theoretical-methodical crisis". This last term is widely analyzed from the social sciences historical point of view, concluding that we are in a sort of exhaustion from prevalent paradigms and/or from their substitution for different systems, which confer a rational discussion to action.

The objective becomes then, a rediscussion over the nature of the social sciences when related to the doctrines called "natural sciences". Finally, the author stresses two main opinions: 1) having variety of paradigms should not be taken as a sign of weakness, but as a consubstantial circumstance in sociological studies; 2) having a contend among paradigms is more of benefit to Sociology. In fact, if Sociology faces a real enemy, it is the methodical monism which pretends to be taken as a reference nomotetical-sciences-model.

TEXTO

1. ¿Cuál crisis?

Para no hablar con frivolidad periodística de la "crisis actual de la sociología", habría que comenzar puntualizando que en cierto sentido la sociología ha estado siempre en "crisis",

lo que, lejos de ser un signo de debilidad o de decadencia, revela su dinamismo y su constante afán de renovación teórica. Con otras palabras: hay una especie de "crisis inmanente" que es consubstancial al desarrollo de la ciencia. ¿Acaso Bachelard no había advertido ya en su Filosofía del no que la novedad de la ciencia moderna consiste precisamente en que progresa "por retroacción", es decir, por un retorno permanente a sus "principios primeros" para cuestionarlos y reconstruirlos incesantemente?

Pero es evidente que no es este tipo de "crisis" intrínsecamente constitutiva de la ciencia lo que tenemos en mente cuando hablamos hoy de la "crisis de la sociología". Ni es tampoco lo que Freitag denomina "crisis estructural" de las ciencias sociales en cuanto que éstas participan de la crisis general de la normatividad moderna fundada en la "emancipación del individuo" y la "racionalización de la sociedad" respecto a los fines individuales (Freitag, 1987: 165).

Desde este punto de vista el problema no afecta sólo a la sociología y tendría que replantearse en términos más amplios, es decir, en términos de una crisis general de la sociedad moderna y de "sus" ciencias sociales, en la medida en que éstas han funcionado también como "doctrinas" legitimadoras de la normatividad moderna, pese a sus postulados de "neutralidad axiológica". Esta manera de replantear las cosas nos conduciría a la pregunta sobre el estatuto posible, probable o deseable de las ciencias sociales en la "posmodernidad".

Generalmente nos referimos a una forma de "crisis" mucho más específica y coyuntural, estrechamente relacionada con la actual euforia triunfalista de los regímenes neoliberales (que tienden a restringir el diálogo social y la capacidad crítica de la sociedad), y el correlativo reflujo histórico del pensamiento crítico en el ámbito político y social.

Esta crisis no se presenta con igual intensidad en todos los países (en el ámbito anglosajón las ciencias sociales siguen gozando, al parecer, de buena salud); ni en todas las disciplinas que suelen incluirse dentro del campo de las ciencias sociales (por ejemplo, disciplinas como la economía, la historia y las ciencias de la comunicación no parecen haber sido mayormente afectadas, como sí lo ha sido la sociología); y ni siquiera en todas las subdisciplinas o ramas de la propia sociología (por ejemplo, la sociología de la cultura parece haber cobrado más bien un nuevo impulso en los últimos años).

Conviene distinguir entonces las diferentes dimensiones de esta crisis coyuntural particularmente en lo que se refiere a la sociología.

La crisis es, en primer lugar, política, antes que teórica, ya que se relaciona, como queda dicho, con el derrumbe de los regímenes socialistas en el mundo y el consiguiente descrédito del marxismo como paradigma de crítica política y social. En efecto, este derrumbe espectacular no podía menos que minar la plausibilidad de las teorías marxistas. Ahora bien, ocurre que en América Latina y, particularmente, en México, la sociología se había identificado en la mayoría de los casos con el marxismo y consecuentemente aparecía comprometida con la normatividad socialista, esto es, con un proyecto socialista de sociedad.

De esta crisis política se ha derivado, obviamente, una crisis de mercado o de demanda, que se expresa en la disminución drástica de la matrícula en las facultades de sociología, [1] en el consecuente cierre de muchas de estas facultades, en el desdibujamiento del perfil profesional del sociólogo, en la depreciación de las investigaciones sociológicas, etc. Después de todo, la enseñanza y la investigación sociológicas son también mercancías (intelectuales) que alcanzan su precio (su recepción académica) no sólo en función de su calidad científica, sino sobre todo de las condiciones del mercado. La novedad de nuestro

tiempo consiste precisamente en lo que John B. Thompson denomina "sistema de doble valorización de los productos culturales": la "valorización simbólica" y la "valorización económica" por el mercado, con tendencia al predominio de esta última sobre la primera (Thompson, 1990: 154). Se comprende entonces que la cotización de la mercancía sociológica tienda a la baja en la medida en que el monopolio neoliberal (tecnocrático-estatal o privado) que controla todos los mercados considere que la susodicha mercancía está contaminada por el marxismo y, por lo tanto, resulta siempre sospechosa y virtualmente subversiva.

Pero indudablemente la crisis tiene también una dimensión teórica, y por lo tanto, epistemológica y metodológica, ya que estas dimensiones del quehacer científico son indisociables y se implican entre sí (Jamous, 1978: 21-38). Sin embargo, esta crisis teórica viene de más lejos y sólo confluye con las precedentes reforzando el sentimiento generalizado de crisis. Quiero decir que la crisis teórica a la que nos referiremos de inmediato no deriva de la crisis política ni de la de mercado, ni está lógicamente relacionada con las mismas. En efecto, una teoría puede estar políticamente muy desacreditada aunque sea verdadera, y viceversa, puede gozar de los favores del poder aunque sea errónea. [2]

Dada la restricción temática que nos hemos impuesto en esta comunicación, en lo que sigue sólo nos ocuparemos de la dimensión teórica de la crisis actual de la sociología -llamada también "crisis de paradigmas" por algunos-, tratando de clarificar su naturaleza y su alcance para el futuro de nuestra disciplina.

2. ¿Crisis teórica general o crisis de los paradigmas deterministas?

Frente a la repetida referencia, casi convertida ya en lugar común, a una "crisis general de paradigmas" en sociología, uno podría suponer que este diagnóstico ha sido el resultado de un largo debate epistemológico dentro de la comunidad científica -que habría demostrado en forma contundente la esterilidad y la incapacidad explicativa de las teorías sociológicas-, o también que los viejos paradigmas ya estarían siendo suplantados por otros totalmente nuevos. Pero no ha sido el caso ni lo uno ni lo otro. No sabemos de ningún debate epistemológico que haya extendido el acta de defunción de la sociología en congresos, en libros o en revistas especializadas; y no se divisan en el horizonte paradigmas totalmente nuevos, sino más bien la recuperación de paradigmas clásicos (como el paradigma del individuo racional que maximiza utilidades en la prosecución de sus fines). [3] Lo que observamos en realidad es el agotamiento de los paradigmas deterministas (que generalmente son también positivistas, holistas y nomológicos) que tienden a explicar la acción del hombre como determinada por causas sociales o psicológicas behind the back (Elster, 1978), y su desplazamiento por paradigmas alternativos que tratan de explicar weberianamente la acción como orientada con base en un sentido entendido y, en parte, construido subjetivamente. Se trata de teorías de la acción social (generalmente antinomológicas, individualistas e interpretativas) que reivindican la libertad (al menos relativa) de los actores sociales en la determinación de sus preferencias y de sus metas. Podríamos llamarlas genéricamente paradigmas pragmático-interpretativas, ya que implican necesariamente la reconstrucción del sentido y de la lógica subjetiva de la acción o de la interacción humana.

Pertencen a esta familia paradigmática los diferentes modelos de explicación racional de la acción, entre los que sobresalen el individualismo metodológico (una de cuyas variantes economicistas es el "rational choice"), [4] la explicación mediante el recurso a la identidad del sector social (Pizzorno, 1989: 161-184), y la "hermenéutica profunda" de John B. Thompson (1990) derivada de la antropología interpretativa de Clifford Geertz.

Algunos caracterizan la crisis teórica así descrita como tránsito del galileísmo al aristotelismo, o de la causalidad a la racionalidad. Se reconoce "que cierta acción puede considerarse explicada cuando es posible establecer que ha sido realizada por determinadas razones. Constituyen éstas la referencia a los fines que el sujeto persigue con esa acción, así como también a las creencias (o informaciones) que pueden atribuirse al sujeto mismo en cuanto a la eficacia de los medios seleccionados para alcanzar dichos fines" (Pizzorno, 1989:161-162).

Pues bien, mi hipótesis es que la crisis teórica así caracterizada no es más que la versión renovada de un viejo debate que ha polarizado toda la historia de las ciencias sociales y cuyos orígenes pueden rastrearse ya en las filosofías de los siglos XVIII y XIX: se trata del debate sobre la naturaleza de las ciencias sociales en relación con las llamadas "ciencias naturales". Si nos limitamos sólo a los dos últimos siglos, este debate contrapone inicialmente el positivismo filosófico al romanticismo, al historicismo y al neokantismo; en sociología contrapone grosso modo la pareja Marx-Durkheim a la pareja Weber-Simmel; en los años 30 de nuestro siglo se manifiesta en la Escuela de Chicago como querrela entre métodos cuantitativos y métodos cualitativos; y en nuestros días como contraposición entre holismo e individualismo metodológico; entre objetivismo positivista e interpretativismo; entre "paradigmas normativos" y "paradigmas interpretativos"; y, de modo general, entre modelos nomológico-deductivistas y modelos pragmático-hermenéuticos de ciencia.

A mi modo de ver, la novedad de la situación teórica actual radica en la pérdida del monopolio de la explicación nomológico-deductiva como la única válida en las ciencias sociales y, correlativamente, la hegemonía creciente de los modelos micro-interpretativos. [5]

3. Un viejo debate: ciencias sociales vs. ciencias naturales [6]

3.1. Positivistas vs. historicistas y neokantianos

El positivismo filosófico del siglo XIX -asociado a los nombres de Comte, Mill, Spencer y Mach, entre otros-, combina tres ideas fundamentales.

La primera concierne al concepto de "ley científica". Los positivistas recogen de los teóricos de la ley natural la idea central de que la meta principal en el estudio de la sociedad es la identificación de leyes universales. Pero bajo la influencia del desarrollo de las ciencias positivas, estas leyes son reinterpretadas como regularidades observables del comportamiento humano.

El segundo elemento es la restricción del conocimiento a la experiencia, incluso bajo la forma de sensaciones elementales. Es decir, sólo podemos conocer los fenómenos accesibles a nuestra percepción (fenomenalismo).

El tercer componente es el postulado de la unidad de la ciencia, ligado con la idea de que ella representa la única forma válida del conocimiento humano. Por eso gran parte de la pasión positivista del siglo pasado se expresa en el afán de aplicar los métodos de las ciencias naturales a otras áreas, en la creencia de que ello reportaría beneficios semejantes a los que ya se observan en el campo científico, particularmente en lo que se refiere a los progresos tecnológicos. Además, para los positivistas toda investigación científica se basa en los mismos principios metodológicos y puede reducirse, en última instancia, a una sola ciencia, preferentemente a la física. Recordemos aquí la definición de la sociología como "física social" por parte de Comte, y su afirmación de que la

sociología así concebida estaba destinada a ser la reina de las ciencias en la edad positiva.

Estas ideas positivistas del siglo XIX establecieron las bases para el desarrollo subsecuente del positivismo lógico y del operacionalismo en la primera mitad de nuestro siglo.

El historicismo adquiere relevancia en Alemania a fines del siglo XVIII y principios del XIX como subproducto del movimiento romántico y, posteriormente, con la formación de la "escuela histórica" ligada a los nombres de Ranke, Savigny y Droysen, entre otros. Esta gran corriente del pensamiento europeo se contrapone abruptamente al positivismo en lo relativo a la posibilidad de aplicar la metodología de las ciencias naturales al estudio de los fenómenos sociales. En efecto, en oposición a los teóricos de la ley natural y de la filosofía de la Ilustración, los historicistas rechazan la idea de la unidad de la naturaleza humana y enfatizan la variedad y diversidad de las sociedades humanas y de sus manifestaciones culturales.

Cada cultura debe ser interpretada y evaluada en sus propios términos debido a que los fenómenos humanos son únicos e irrepetibles, y en cuanto tales no pueden ser encasillados en categorías abstractas ni sometidos a leyes universales.

Para Herder, uno de los representantes conspicuos de esta corriente, la tarea del historiador es precisamente comprender las diversas formas de vida y de cultura, lo que requiere ir más allá de las manifestaciones físicas con las que se contentan las ciencias naturales para inferir el "espíritu" distintivo que subyace a dichas manifestaciones. Este proceso de comprensión o Verstehen es un proceso activo de recreación de la cultura subyacente a las diferentes formas de vida, gracias a un esfuerzo de transposición empática o simpática del investigador en la situación de los actores históricos bajo observación.

Toda la obra de Wilhelm Dilthey -otro filósofo historicista de talla cuyas ideas llegan a España y a América Latina a través de Ortega y Gasset- se orienta a clarificar los fundamentos metodológicos de la investigación histórica y de las nascentes ciencias sociales. Al igual que todos los demás historicistas, tampoco admite que los métodos de las ciencias naturales sean un modelo apropiado para la historia y las ciencias sociales. La vida social es una realidad mucho más compleja que la del mundo físico. Por eso, mientras las ciencias naturales se contentan con la observación de las manifestaciones externas de la realidad, el estudio de la vida social supone el acceso al mundo interior de los pensamientos, sentimientos y deseos que motivan la acción. Este acceso se nos abre gracias al proceso del Verstehen, que para Dilthey no es un proceso puramente cognitivo sino también afectivo, ya que sólo se comprende lo que se ama. Por lo demás, este proceso supone el "círculo hermenéutico", es decir, el principio interpretativo según el cual la comprensión de una totalidad depende de la precomprensión de sus partes y viceversa; por lo que el Verstehen se relaciona directamente con la hermenéutica, es decir, con la disciplina que se ocupa de la identificación de los principios subyacentes a nuestra comprensión del sentido de cualquier "texto" portador de significados. [7]

El neokantismo es un movimiento filosófico que surge también en Alemania a mitad del siglo XIX bajo la consigna de "retorno a Kant". Pero se trata de un retorno crítico que pretende desbordar a Kant apoyándose en el desarrollo de las ciencias empíricas, a las que el gran filósofo había prestado poca atención. Los principales exponentes de este movimiento nos son más conocidos: Windelband y Rickert.

Para los neokantianos, la principal tarea de la filosofía es analizar las condiciones bajo las cuales puede producirse el conocimiento tanto en el campo de las ciencias naturales como en el de las ciencias históricas.

El mundo de la experiencia es un continuum heterogéneo e informe abierto a múltiples formas de descripción y de conocimiento. Por lo tanto, las formas que percibimos en el mundo de la experiencia y las estructuras cognitivas de las que nos valemos para dar sentido a nuestras percepciones son construcciones humanas fundadas en valores.

Los neokantianos también rechazan la tesis positivista (y materialista) según la cual la realidad -toda realidad- sólo puede ser estudiada con los métodos de las ciencias naturales. Pero a diferencia de Dilthey, no basan sus argumentos en la afirmación de que la naturaleza del mundo social es diferente de la del mundo físico. En efecto, la ciencia tiene que referirse necesariamente a una sola y misma realidad, y esta realidad no está objetivamente dividida en áreas de diferente naturaleza. Lo que pasa es que los observadores, dependiendo de sus respectivos valores, estructuran la interpretación de su experiencia de diferentes maneras.

De este modo, Windelband distingue entre disciplinas idiográficas, como la historia (que estudia el carácter único de eventos particulares), y disciplinas nomotéticas, como las ciencias naturales, cuyo objetivo es la identificación de leyes universales. [8]

Pero el neokantiano más influyente que trató de fundamentar la distinción entre el método histórico y el método de las ciencias naturales fue indudablemente Heinrich Rickert. Las premisas de las que parte este autor son semejantes a las de Windelband (el carácter continuo, heterogéneo e ilimitado de los fenómenos de nuestra experiencia, la necesidad que tiene nuestra inteligencia finita de imponer determinadas formas al contenido fenomenal de la experiencia, etc.), así como su distinción entre dos tipos de métodos que si bien no alcanzan el ideal del conocimiento exhaustivo, sí se aproximan a él. El primero es el método generalizante que Rickert identifica con las ciencias naturales, aunque reconoce que no es exclusivo de éstas. Aquí se trata de identificar los rasgos comunes que comparten los fenómenos. En efecto, el objetivo de las ciencias naturales es la conformación de un sistema general de conceptos que permiten subsumir todo evento bajo conceptos generales. El segundo es el método individualizante que, en contraste con el anterior, enfoca el hecho particular en cuanto tal, así como aquellos elementos que, combinados entre sí, lo convierten en algo único e irrepetible. Así, por ejemplo, cuando el historiador estudia la Revolución francesa, focaliza sus rasgos distintivos antes que los rasgos que comparte con otras revoluciones.

Pero ¿en virtud de qué criterios el historiador selecciona para su estudio determinados hechos particulares y no otros? Basado en valores, responde Rickert. Desde este punto de vista distingue dos tipos de fenómenos: en primer lugar está la naturaleza, es decir, el conjunto de cosas que surgen y persisten independientemente de la interferencia humana; y en segundo lugar está la cultura, esto es, el conjunto de objetos producidos directamente por los hombres en función de valores. Ahora bien, dada su orientación valorativa, la historia tiene que ver con el estudio de fenómenos culturales particulares. De este modo Rickert establece una distinción tajante entre ciencia e historia. Sin embargo no queda claro cuál es el lugar de la sociología y de las ciencias sociales en este esquema, ya que se presenta como una contraposición entre tipos polares y Rickert reconoce que muchas ciencias combinan ambos métodos para sus propósitos.

3.2. Marx y Durkheim vs. Simmel y Max Weber

En una época en que no eran tan claras las fronteras entre la filosofía social y las jóvenes ciencias sociales, la polarización filosófica arriba señalada se proyecta directamente sobre los clásicos de la sociología para polarizarlos también, epistemológicamente hablando, de modo semejante.

Sabemos que el término "sociología" fue inventado por Augusto Comte para designar una nueva ciencia que estaría destinada a ser la reina entre las ciencias positivas llamadas a disipar las tinieblas de la "edad teológica" y de la "edad metafísica". Por lo demás, el desarrollo de esta disciplina fue muy influenciado desde el inicio por el positivismo filosófico, de modo muy obvio en la obra de Spencer, pero también en la de Durkheim. Basta evocar la famosa regla metodológica según la cual el sociólogo debe considerar su objeto de estudio -los "hechos sociales"- como si fuera una "cosa", con el mismo estado de ánimo de los físicos, de los químicos y de los fisiólogos frente a sus respectivos objetos de estudio. La definición durkheimiana del "hecho social" en el primer capítulo de Las reglas del método sociológico (Durkheim, 1963: cap. I) como realidad exterior a los individuos que conforma a éstos mediante la contrainte social, equivale ni más ni menos a una reificación de la sociedad según una lógica determinista que deja fuera de su ámbito la agency, la acción humana. Con otros términos, el sistema de las instituciones sociales se sostiene sin un mundo de actores intencionales humanos.

Por lo que toca a Marx, basta con evocar aquí la lógica determinista que parece impregnar toda su obra (y reconocida por el propio Engels en su célebre carta a Joseph Bloch), su concepción evolutiva y tendencialmente reductivista de la sociedad en términos de una sucesión de "modos de producción", su apelación a "leyes de la historia" y el sabor inconfundiblemente veteropositivista de textos como éste: "En una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes [...]. Entonces se abre una época de revolución social. [...] Al considerar tales revoluciones importa siempre distinguir entre la revolución material de las condiciones económicas de producción -que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales- y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas [...]" (Marx, 1970: 12).

En la vereda opuesta nos encontramos con Simmel y Weber, cuyas posiciones epistemológicas están evidentemente emparentadas con las de los neokantianos y, en parte, con las de los historicistas.

Simmel es uno de los clásicos recientemente redescubiertos y revalorizados por el individualismo metodológico. [9] Antes que un sistema de pensamiento, este autor presenta un método que Levine (1971: XXXI) resume del siguiente modo: "El método (de Simmel) consiste en seleccionar del flujo del mundo un fenómeno limitado y finito, para luego examinar la multiplicidad de los elementos que lo componen y determinar la causa de su coherencia descubriendo su forma. De modo secundario investiga los orígenes de esta forma y sus implicaciones estructurales."

La obra sociológica de Simmel comprende una variedad de ensayos sobre diversos tópicos que van desde el papel de la moneda en la vida social hasta las características de las sociedades secretas. Por lo general resulta difícil identificar su posición filosófica o epistemológica, pero es claro que su enfoque de la sociología está fuertemente influenciado por el neokantismo. Así, por ejemplo, de modo semejante a los neokantianos destaca el papel de la mente en la construcción y reconstrucción de la experiencia.

Por lo que toca a Max Weber, éste parece haber aceptado la mayor parte del esquema epistemológico de Rickert (además de haber sido fuertemente influenciado por Simmel).

Su mayor discrepancia con respecto a Rickert tiene que ver con su rechazo de la idea de que los valores universales pueden respaldar la investigación histórica. Para Weber, como para Simmel, existe un inevitable conflicto entre los valores. Por eso no es posible fundamentar o justificar el consenso con base en valores universales. En consecuencia, la historia puede escribirse siempre desde diferentes perspectivas igualmente válidas en sus propios términos, y no existe una única historia "verdadera". La historia se escribe en diferentes tiempos desde la perspectiva de diferentes valores.

La mayor parte de la obra de Max Weber es de carácter histórico y focaliza fenómenos particulares, como la famosa relación entre el espíritu del capitalismo occidental y la ética protestante. El concebía la sociología como estrechamente asociada al trabajo histórico, casi como si fuera un auxiliar adjunto de este último, en la medida en que tiene la misión de refinar los conceptos generales requeridos por los historiadores para estudiar fenómenos particulares. Pero estos conceptos generales no son ni pueden ser los mismos que utilizan las ciencias naturales. Se trata más bien de idealizaciones o, mejor, de tipos ideales que simplifican la realidad concreta desde el punto de vista de un particular juego de valores especificando rasgos que los fenómenos comparten sólo en grados variables. En otros términos: la sociología tiene por misión proveer recursos conceptuales para el trabajo idiográfico de los historiadores.

Por lo demás, Max Weber cuestiona la validez o la viabilidad de una ciencia nomotética de los fenómenos sociales, apoyándose en el argumento de que cuanto más abstracto es el conocimiento en este campo, resulta tanto menos significativo. La explicación histórica no puede realizarse subsumiendo un acontecimiento particular bajo una "ley sociológica general". En efecto, cada acontecimiento es siempre efecto de una pluralidad de causas, y el juicio sobre la validez de una explicación depende de la estimación de los posibles efectos de las diferentes causas a través de experimentos mentales que eliminan las causas que presumiblemente no han sido significativas en el caso estudiado.

Un elemento importante de la sociología de Max Weber es, por supuesto, la necesidad de interpretar el sentido subjetivo inherente a las acciones humanas. Al igual que Dilthey, Rickert y otros que le precedieron, Max Weber estaba interesado en encontrar un camino para la comprensión científica-en sentido amplio- de los fenómenos subjetivos. Toda la dinámica de su obra procede de la tensión entre su convicción de que el objeto de la sociología -la acción humana- tiene un componente irremediamente subjetivo, y su determinación de encontrar un método que permita conocerlo objetivamente. En este problema, nuestro autor adopta diferentes perspectivas. Reconoce que podemos comprender buena parte de las acciones humanas imputándoles un sentido plausible a través, por ejemplo, de procedimientos empáticos. Pero esta vía le parece poco confiable en comparación con las observaciones de los científicos en el campo de las ciencias naturales. Encuentra más seguro considerar la acción humana como racional. Surge así el famoso modelo de la explicación racional de la acción, que atribuye un carácter lógico a la relación entre medios y fines. Por lo demás, Max Weber opina que la aplicación de este modelo racional a la acción humana llegará a ser cada vez más plausible y pertinente, dado el proceso de racionalización creciente que caracteriza a las sociedades occidentales.

La influencia de Weber ha sido determinante, no tanto para el debate de los sociólogos de la Escuela de Chicago -del que nos ocuparemos a continuación-, sino sobre todo para los exponentes posteriores de la "sociología cualitativa" (que es el otro nombre de las sociología microinterpretativa). Pero sus puntos de vista son paralelos, bajo muchos aspectos, a los de los sociólogos de Chicago que elaboraron la metodología de los "estudios de caso".

3.3. Métodos cuantitativos vs. métodos cualitativos [10]

Ya entrado el siglo XX, el debate sobre la naturaleza de las ciencias sociales en comparación con las ciencias naturales se presenta en forma de una contraposición entre "métodos estadísticos" y "estudios de caso", o también entre "métodos cuantitativos" y "métodos cualitativos". Este debate se abre inicialmente en los años veinte y treinta en el Departamento de Ciencias Sociales y Antropología de la Universidad de Chicago, para extenderse posteriormente a otras universidades dentro y fuera de los Estados Unidos.

El debate en cuestión implicaba indudablemente, en términos actuales, una competencia entre dos paradigmas, cada uno de los cuales se consideraba como el único legítimo y científico. El problema se planteó a raíz del ascenso irresistible de los métodos cuantitativos en la sociología estadounidense bajo la forma de survey research, hasta llegar a convertirse en la tendencia sociológica dominante en los Estados Unidos en detrimento de los métodos cualitativos, reducidos a un estatuto de práctica minoritaria y científicamente desprestigiada.

Pero bajo la fachada de los métodos estadísticos se agazapaban en realidad un positivismo sociológico y una concepción de la ciencia según el modelo del método experimental. En efecto, el estímulo más importante para el ascenso de los métodos cuantitativos en sociología a partir de los años treinta habían sido la expansión y el desarrollo de las ideas positivistas en física (Einstein), en filosofía (el operacionalismo de Bridgman) y en psicología (el conductismo). Los sociólogos positivistas, como Lundberg y Ogburn, rechazaban rotundamente la idea de que los métodos cuantitativos no son aplicables a la investigación sociológica debido a la complejidad del mundo social o al hecho de que éste comporta elementos subjetivos. Para ellos todos los fenómenos -no importa que se trate de átomos o de comportamientos sociales- son meros elementos de nuestra experiencia y bajo este aspecto comparten el mismo carácter fundamental.

En opinión de Lundberg los argumentos acerca del carácter peculiar y distintivo de los fenómenos sociales implican presuposiciones metafísicas acerca de las esencias que no tienen cabida en la ciencia. Las aparentes elusividad y complejidad de los fenómenos sociales se derivan del subdesarrollo de la metodología en las ciencias sociales. Naturalmente, la salvación está en descartar los prejuicios metafísicos y en adoptar los refinamientos de la observación técnica proporcionados por las ciencias físico-matemáticas. Hay que descartar, en consecuencia, el método informal, cualitativo y subjetivo del "sentido común" para sustituirlo por el procedimiento sistemático, cuantitativo y objetivo del método estadístico.

La respuesta de los defensores del método cualitativo no se hace esperar. Dejemos de lado las contribuciones de Thomas y Znaniecki, considerados como los padres de los estudios de caso, para concentrarnos en un importante exponente del interaccionismo simbólico: Herbert Blumer.

En un primer momento la respuesta de este autor consiste en una especie de contracrítica de los métodos estadísticos, basada en argumentos tales como la incapacidad de la estadística para captar procesos y sentidos de la acción, la superficialidad y la insignificancia de sus resultados, la afirmación de que los métodos estadísticos sólo son apropiados en caso de comportamientos rutinizados, la imposibilidad de imputar a los miembros individuales de una clase los resultados estadísticos concernientes a un agregado, etc. En todo caso, dice Blumer, las técnicas estadísticas sólo pueden servir en sociología como técnicas de exploración inicial.

Posteriormente, la respuesta de Blumer se enriquece con la profundización teórica del método llamado cualitativo a través de su propuesta de la "investigación naturalista", así llamada porque implica la investigación "de una determinada área de acontecimientos en términos de su carácter natural o actual, en contraposición a la observación de un surrogato o forma sustitutiva" como la que se lleva a cabo en los experimentos de laboratorio y en las encuestas del survey research. El "método natural" rechaza los principios o preconcepciones supuestamente universales acerca de la naturaleza de los fenómenos. Su estrategia es la "fidelidad al mundo natural", lo que implica descartar toda preferencia a priori de algún método particular para la observación de los fenómenos. El método pertinente será siempre aquel que corresponda a la naturaleza de la realidad. Por eso la "observación naturalista" incluye también la experiencia y la introspección, métodos tradicionalmente asociados con el subjetivismo. En resumen, el "naturalismo" de Blumer implica el afán de representar el mundo tal como es, en toda su complejidad y plasticidad, evitando la imposición de estructuras artificiales. Esta preocupación es similar a la actitud de Dilthey cuando se propone detectar estructuras dentro de la experiencia misma.

Uno de los discípulos más brillantes de Blumer, Alfred Lindesmith, reelaboró y precisó este modelo bajo el nombre de "inducción analítica".

El desenlace de esta lucha metodológica entre cuantitativistas y cualitativistas es de sobra conocido. El positivismo se impuso abrumadoramente y logró una duradera hegemonía en las ciencias sociales, primero bajo una forma inductivista ligada inicialmente al Círculo de Viena, y posteriormente bajo una forma lógico-deductivista conocida con el nombre de "positivismo lógico", un vasto movimiento que engloba a corrientes tan diversas como la filosofía del lenguaje ordinario (P. Winch, W. B. Gallie), el popperianismo (Karl Popper, Albert Agassi, Feyerabem) y frecuentemente también el pragmatismo (C. H. Morris, W. C. Churchman). [11]

Von Wright (1973: 4) resume del siguiente modo las características fundamentales de esta nueva forma de positivismo: "Uno de los principios básicos del positivismo es el monismo metodológico, o la idea de la unidad del método científico pese a la diversidad de los temas de la investigación científica. Un segundo principio es la idea de que las ciencias naturales exactas, en particular la física matemática, establecen un método o pauta ideal que mide el grado de desarrollo y perfección de todas las demás ciencias, incluyendo las humanidades. Por último, un tercer principio es una visión característica de la explicación científica. Esa explicación es, en sentido amplio, 'causal'. Más específicamente, consiste en la subsunción de casos individuales bajo hipotéticas leyes generales de la naturaleza, incluyendo la 'naturaleza humana'."

Quedaría por registrar las polarizaciones teóricas en sociología después de la última Guerra Mundial, siempre desde el punto de vista epistemológico. Aquí tendríamos que contraponer las grandes teorías sistémicas de la sociedad [12] a la proliferación de microsociologías antiparsonianas, como el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la nueva antropología interpretativa, todas ellas centradas en la agency o accionalidad de los actores sociales. Jeffrey C. Alexander ha reseñado magistralmente estas nuevas formas de polarización teórica en una de sus obras (1989a), y a ella remitimos al lector.

4. Conclusiones

La conclusión que quiero sacar de esta rápida y esquemática revisión de los vaivenes del pensamiento filosófico y sociológico del siglo pasado y de lo que va del presente, es que ha estado polarizado siempre por un mismo y persistente debate que en lo substancial versa sobre la naturaleza de las ciencias sociales y, particularmente, de la sociología, en comparación con las ciencias "duras" hoy representadas por las ciencias físico-

matemáticas. En efecto, las diferentes posiciones reseñadas a este respecto dan lugar a un paradigma dicotómico -en el sentido lingüístico del término- a dos columnas, de modo que las posiciones enlistadas en cada una de ellas parecen emparentadas entre sí y trasuntan un inconfundible aire de familia. Por lo mismo pueden contraponerse en bloque, columna contra columna (sólo desde el punto de vista epistemológico, por supuesto).

Así, podemos decir que: el positivismo filosófico es al historicismo y al neokantismo, como la sociología de Comte y de Durkheim es a la sociología de Simmel y de Max Weber, como los métodos cuantitativos son a los métodos cualitativos, como el positivismo lógico es a la fenomenología, al existencialismo y a la hermenéutica, como el sistemismo es a las microsociologías accionalistas e individualizantes, como el objetivismo positivista es al interpretativismo de la tradición hermenéutica, y, generalizando, como el galileísmo es al aristotelismo.

De este modo, la actual crisis teórica, epistemológica y metodológica en sociología no sería más que una versión nueva, enriquecida y dramatizada del viejo debate que contrapone la tradición positivista y determinista en cualquiera de sus formas a la tradición particularizante, subjetivista e interpretativista que destaca la autonomía de los actores sociales y el sentido subjetivo de la acción humana. Sólo que en la situación actual la correlación de fuerzas se habría modificado radicalmente en detrimento de la tradición positivista. Diríase que la tradición individualizante, cualitativa e interpretativa ha tomado revancha desplazando a los modelos objetivistas, positivistas y deterministas. En esto consiste, ni más ni menos, la actual crisis de paradigmas en sociología.

Todo parece indicar que en nuestra disciplina es difícil encontrar algo radicalmente nuevo, y que su vocación (o su destino) es la de volver a plantearse incesantemente los mismos problemas.

El viejo debate en torno al estatuto epistemológico de la sociología frente a las ciencias nomológicas está lejos de haber concluido. ¿Es posible avizorar en el horizonte alguna salida?

En nuestros días se multiplican las voces que exigen acallar las querellas de escuela y proponen integrar todas las tradiciones polarizantes en una nueva teoría general de la sociedad capaz de dar cuenta, en un generoso movimiento de *aufhebung*, tanto de la estructura como de la acción social dotada de sentido; tanto de los determinismos como de la libertad de los actores; tanto de lo macro como de lo micro; tanto del orden como del conflicto; tanto de la dimensión normativa como de la dimensión interpretativa; tanto del sistema como del "mundo de la vida".

El ya citado Alexander (1991b: 39) trabaja en una "teoría social multidimensional" denominada "neofuncionalismo", con el propósito de reconstruir la teoría de Parsons para abriría "al conflicto, el orden colectivo, la acción instrumental y el esfuerzo individual contingente". Pierre Bourdieu (1972) propone una "teoría de la práctica" que pretende superar la dicotomía individuo/sociedad a través del "hábitus" concebido como un principio de acción resultante de la interiorización de la estructura social por los individuos. Jürgen Habermas (1988: 161 ss.) concibe la sociedad simultáneamente como "sistema" y como "mundo de la vida", dependiendo de que se la considere desde el punto de vista de un "no implicado" o desde la perspectiva de los sujetos agentes que participan en ella.

Se puede dudar de la posibilidad de tales síntesis ecuménicas capaces de absorber lógicamente y sin maniobras sincretistas las grandes querellas teóricas de escuela. Pero lo que sí resulta claro es la actualidad de la tradición romántico-historicista-weberiana que destaca la naturaleza multidimensional, pluriescalar y polivalente de la sociedad que no

puede ser abarcada desde una sola perspectiva teórica. De donde se infiere que: 1) la pluralidad de paradigmas, lejos de ser un signo de precariedad científica, es connatural a la sociología; 2) dichos paradigmas -que en realidad son teorías parciales- no siempre son contradictorios o excluyentes entre sí, sino frecuentemente complementarios; 3) después de todo resulta saludable para la disciplina la competencia entre paradigmas de una misma escala o nivel; y 4) el enemigo más temible es el monismo metodológico que se pretende imponer a imagen y semejanza de las ciencias nomotéticas.

Los sociólogos han prestado poca atención a algunos autores que desde hace tiempo han aportado contribuciones decisivas a este necesario pluralismo de escalas y perspectivas en las ciencias sociales, insurgiendo precisamente contra todo monismo metodológico. Me refiero, entre otros, a la "epistemología complementarista" de Georges Devereux (1975: 11-23; 111-130); al "pluralismo metodológico" propuesto por Walter L. Bühl (1970, 317-343); y -¿por qué no?- al "perspectivismo" de Karl Mannheim (1987) que debería ser revisado críticamente bajo este ángulo en lugar de confundirlo a la ligera con el relativismo filosófico.

San Andrés Totoltepec, septiembre de 1992.

CITAS:

[*] Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

[1] Cabe notar, sin embargo, que últimamente parece observarse un notable repunte de la matrícula en algunas facultades de sociología. La facultad Latinoamericana de Sociología (FLACSO), por ejemplo, ha recibido recientemente un verdadero aluvión de solicitudes de ingreso en respuesta a su última convocatoria. ¿Será que el neoliberalismo, que ha querido borrar del mapa a la sociología crítica, va a terminar contribuyendo muy a su pesar a su renacimiento debido a la agudización de los conflictos sociales que la aplicación de sus recetas ha provocado en toda América Latina?

[2] O, como dice Alexander (1989a: 99), "una teoría puede ser impopular aunque sea empíricamente verdadera y, viceversa, una teoría puede alcanzar una gran popularidad aunque sea científicamente dudosa".

[3] Sobre el retorno a los clásicos véase, entre otros, el citado Jeffrey C. Alexander (1989b).

[4] El gran impulsor de este modelo en sociología ha sido y sigue siendo, sin duda alguna, Raymond Boudon (1984a, 1985 y 1986). El individualismo metodológico, una de cuyas versiones es el modelo economicista del "rational choice", implica una ontología que concibe a los seres humanos no primariamente como seres sociales, sino como individuos "maximizadores" de la relación costo/beneficio. Según el individualismo metodológico todos los fenómenos sociales deben explicarse por referencia a individuos o a agregados de individuos.

Este modelo es portador de formas de conocimiento antinomológicas, y desde este punto de vista es asimilable a las teorías interpretativas. En efecto, el esquema teleológico que está en la base de las explicaciones racionales no es causal, lo que condena a estas explicaciones a un tipo de conocimiento ad hoc, no generalizable en forma de reglas o de modelos más amplios.

[5] "Durante los últimos veinticinco años, se ha dado un importante desarrollo de la teoría social que enfatiza el nivel individual de la organización social y la dimensión de la agency.

Hasta antes de Schutz, Goffman, Garfinkel y Homans, los grandes teóricos no habían desarrollado el concepto de agency [...]. De modo que, hacia principios de los sesenta, vivimos una verdadera revolución en la sociología que dio lugar a un cuerpo de conocimiento anteriormente inexistente": Jeffrey C. Alexander (1991a: 30-31) en una entrevista con Gina Zabludovsky.

[6] En lo que sigue condensamos el excelente resumen de la historia de las teorías de las ciencias sociales que se encuentra en la obra de Martyn Hammersley (1989).

[7] La hermenéutica fue desarrollada inicialmente por Schleiermacher bajo la forma de una teoría general de la comprensión o interpretación de las culturas, con base en los trabajos previos de los humanistas y de los estudios protestantes que se esforzaron por explicitar algunos principios para la interpretación de los textos clásicos y de los bíblicos, respectivamente.

[8] Robert Park, figura clave en la sociología de Chicago de los años veinte y treinta, fue discípulo de Windelband. Por eso la distinción entre ciencias idiográficas y ciencias nomotéticas encabeza el primer capítulo de su famosa "biblia verde", es decir, el texto que escribió para sus estudiantes con Ernest Burgess.

[9] Además de traducirlo y de promoverlo masivamente, R. Boudon lo considera uno de los padres de su individualismo metodológico: "En nuestro lenguaje diríamos que Simmel propone considerar el individualismo metodológico como el principio fundamental de la explicación en historia y en las ciencias sociales (porque la encuesta epistemológica de Simmel no se limita [...] a la historia)." (Boudon, 1984b: v).

[10] Todo este apartado se apoya en la obra de Martín Hammersley (1989: 92 ss.)

[11] Véase a este respecto Radnitzky (1973: 188-189)

[12] Como el estructural-funcionalismo de Parsons que, pese a su proyecto inicial, parece apuntar a una especie de determinismo social y cultural que de hecho no deja espacio para la determinación autónoma y la libertad del sujeto agente; el sistemismo mecanicista de Niklas Luhmann que excluye deliberadamente toda referencia a la subjetividad de los actores sociales; y el estructuralismo europeo en su versión antropológica y marxista.

BIBLIOGRAFIA:

Alexander, J. C. (1989a). Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial, Gedisa, Barcelona.

Alexander, J. C. (1989b). "La centralidad de los clásicos", en Giddens, Turner et al., La teoría social hoy, Conaculta-Alianza Editorial, México.

Alexander, J. C. (1991a). "Clásicos y contemporáneos en la teoría sociológica" (Entrevista con Gina Zabludovsky), en Acta Sociológica, mayo-diciembre, vol. IV, núms. 2-3, México.

Alexander, J. C. (1991b). "Sobre Theoretical Logic in Sociology", en Acta Sociológica, mayo-diciembre, vol. IV, núms. 2-3, México.

Boudon, R. (1984a). "L'IM en sociologie" en Commentaire, núm. 26.

Boudon, R. (1984b). "Prefacio" a G. Simmel, 1984, Les problèmes de la philosophie de l'histoire, Collection "Sociologie", PUF, París.

- Boudon, R. (1985). "L'IM" en Esprit, núm. 11.
- Boudon, R. (1986). L'Idéologie. L'origine des idées reçues, Fayard, París.
- Bourdieu, P. (1972). Esquisse d'une théorie de la pratique, Librairie Droz, París.
- Bühl, W. L. (1970). Evolution und Revolution. Zur Revision der soziologischen Theories, Wilhelm Goldmann Verlag, Munich.
- Devereux, G. [1972] (1975). Etnopsicoanálisis complementarista, Amorrortu, Buenos Aires.
- Durkheim, E. [1963] (1985). Les règles de la méthode sociologique, PUF, París.
- Elster, J. (1978). Logic and Society, Wiley, Nueva York.
- Freitag, M. (1987). "La crise des sciences sociales entre épistémologie et idéologie", en MAUSS, junio, núm. 22.
- Habermas, J. (1988). Teoría de la acción comunicativa, vol. II, Taurus, Madrid.
- Hammersley, M. (1989). The Dilemma of Qualitative Method, Routledge, Londres y Nueva York.
- Jamous, H. (1978). "Technique, méthode, épistémologie", en Epistémologie sociologique, segundo semestre, núm. 6, Anthropos, París.
- Levine, D. (1971). "Introduction" a G. Simmel, 1971, On Individuality and Social Forms, University of Chicago Press, Chicago.
- Mannheim, K. [1936] (1987). Ideología y utopía, Fondo de Cultura Económica, México.
- Marx, C. (1970). Contribución a la crítica de la economía política, Instituto del Libro, Cuba.
- Pizzorno, A. (1989). "Spiegazione come reidentificazione", en Rassegna Italiana di Sociología, abril-junio, núm. 2.
- Radnitzky, G. (1973). Contemporary Schools of Metascience, Henry Regnery Company, Chicago.
- Thompson, J. B. (1990). Ideology and Modern Culture, Polity Press, Londres.
- Von Wright, G. H. (1973). Explicación y comprensión, Alianza Editorial, Madrid.